

✓ VISIONES DE MEXICO: A PARTIR DE BALBUENA

David Lagmanovich

Universidad Nacional de Tucumán



Nos interesa reseñar algunas de las descripciones literarias de la ciudad de México, a partir de su constitución como capital del Virreinato de la Nueva España, es decir, una vez que se ha cumplido la construcción de una ciudad "europea" sobre lo que había sido ciudad azteca de Tenochtitlán (cuya descripción primigenia en nuestras letras, como es bien sabido, se encuentra en la

segunda *Carta de relación* de Hernán Cortés y documentos concomitantes). En particular, me interesó la correlación entre la *Grandeza mexicana*, de Bernardo de Balbuena (publicada en 1604) y la *Nueva grandeza mexicana* (1946) del poeta contemporáneo Salvador Novo: entre una obra y la otra, y más allá de ellas, se tiende un vasto tejido de referencias intertextuales.

1. Comencemos por evocar la *Grandeza mexicana*, que el bachiller español Bernardo de Balbuena compuso en 1603 (la dedicatoria está fechada el 15 de setiembre de ese año) y publicó en 1904 en México, donde entonces residía. Recordemos, para ubicar esas fechas, que Balbuena era entonces un hombre de poco más de 30 años ¹.

Había nacido en Valdepeñas, o sea en la Mancha, en 1562; sólo en 1584, contando con 22 años, se autoriza su radicación en la Nueva España. Después de iniciar estudios eclesiásticos en 1586 (a los 26 años, edad un poco tardía para aquella época), aparece ocupando cargos de clérigo en Guadalajara, en 1592.

En ese año del primer centenario de la llegada de Colón a América, hace ahora exactamente cuatro siglos, el bachiller Balbuena (quien habría de doctorarse en Teología durante su único regreso a España, en 1607) comienza la elaboración de *El Bernardo*, su obra más ambiciosa. Fiel a los hábitos de escritura de su época, en la que los hombres de letras trabajaban sin presiones mayores, la da por concluida diez años más tarde, en 1602. Sólo la verá impresa, en Madrid, en 1624. Mucho antes, en 1608, había publicado la novela pastoril *Siglo de Oro en las selvas de Erifile*.

Balbuena muere en Puerto Rico, lugar de su último destino eclesiástico, en 1627, el ahora notorio año de la muerte de Góngora. En vista de este dato, parece indispensable considerarlo en rela-

ción con el desarrollo del barroco en la América Hispánica o quizá, como prefiriere Angel Rama, con el manierismo: discusión, esta de barroco y manierismo, en la que no me propongo entrar en este momento, y que en todo caso no considero demasiado apasionante ².

Así, la obra literaria de Balbuena va a quedar signada por su cultivo de dos géneros que rápidamente se tornan anacrónicos: la novela pastoril y el poema heroico (sus textos de este tipo se publican, respectivamente, tres y diecinueve años después del primer *Quijote*, divisoria de aguas literarias), y por una obra de extensión relativamente menor, la ya mencionada *Grandeza mexicana*, que es el tema de estas páginas.

Es sabido que esta obra adopta la forma de la epístola y que, como otras del Siglo de Oro (la "Epístola moral a Fabio" y la dura epístola satírica y censoria de Quevedo al Conde-Duque de Olivares son otros ejemplos), tiene como vehículo indispensable la tersa rima, el terceto endecasilábico italiano que es uno de los metros más prestigiosos de nuestra época clásica.

Por otra parte, sabemos también por el propio Balbuena (quien detalla estas circunstancias en la "Introducción") que el relato descriptivo en forma de carta del que estamos hablando fue escrito a instancias de una noble dama llamada doña Isabel de Tobar y Guzmán, criada en San Miguel de Culiacán y amiga suya (no falta quien quiera ver aquí un romance juvenil, que sería harto difícil de probar).

Doña Isabel, quien para entonces - después de enviudar de un esposo tan

¹ La información general sobre Bernardo de Balbuena se encuentra en el libro de José Rojas Garcidueñas, *Bernardo de Balbuena; la vida y la obra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

² Angel Rama, "Fundación del manierismo hispanoamericano por Bernardo de Balbuena", *University of Dayton Review*, 16,2 (1968): 13-21.

noble como ella- había entrado en religión, iba a viajar a la ciudad de México poco después de que lo hiciera el propio Balbuena, al cabo de los años pasados por éste desempeñando diversas funciones, como se ha dicho, en Guadalajara. En palabras del autor,

mandóme con algún encarecimiento que en los días que le traía de ventaja a esta ciudad tomase a mi cuenta el dársela muy particular de las cosas famosas della, para que así más alentada se diese prisa a concluir su comenzado viaje, y llegada al fin dél no se le hiciese del todo nueva la grandeza de la tierra (57)³.

Tal parece ser (no hay motivo especial para dudarlo) la génesis del texto.

No tiene orígenes tan significativos en el plano personal la *Nueva grandeza mexicana* de Salvador Novo (1904-1974)⁴, el importante poeta vanguardista, ensayista y dramaturgo mexicano. La primera edición es de 1946⁵, y el texto procede de un concurso: recibe, en efecto el premio "Ciudad de México" de ese año.

³ Dos ediciones modernas de la *Grandeza mexicana* son: (1) México, Universidad Nacional Autónoma, 1941, edición prólogo de Francisco Monterde, con fragmentos del *Siglo de oro* y *El Bernardo* (Biblioteca del Estudiante Universitario, 23); y (2) México, Porrúa, 1971, con estudio preliminar de Luis Adolfo Domínguez, texto de la *Grandeza* seguido del "Compendio apologético en alabanza de la poesía", 3a ed., 1980. A esta última se refiere la paginación, entre paréntesis, en el texto.

⁴ Para información general sobre Salvador Novo, ver Antonio Magaña Esquivel, *Salvador Novo*, México, Empresas Editoriales, 1971.

⁵ México, Editorial Hermes, 1946. Otra edición, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, 1947 (Colec. Austral, 797). A esta última se refiere la paginación, entre paréntesis, en el texto.

El texto de Novo está en corrida y entretenida prosa, no en verso; y, desde luego, media gran distancia entre aquellos años absolutamente iniciales del siglo XVII y los ya centrales del siglo XX. Con todo, la comparación de los dos textos, obviamente relacionados (y, que yo sepa, no desarrollada hasta ahora, a pesar de la proximidad de los títulos) presenta algunos motivos de interés.

2. Una de esas cuestiones nos ocupa en estas páginas: a saber, la posibilidad y límites de la reescritura de textos coloniales hispanoamericanos. Reescritura, imitación evocación, percepción de los constantes y de lo mudado, gesto obligado de cortesía hacia el texto antiguo reservando o no derechos propios al texto moderno: todas ellas son formas de intertextualidad que sería importante discriminar. En otras palabras, no cuesta suponer que sin la *Grandeza mexicana* no existiría la *Nueva grandeza mexicana*, pero ¿hasta qué punto hay influencia, hasta qué punto reescritura, hasta qué punto consciente o inconsciente variación?

Si no alcanzamos a contestar a todos estos interrogantes, al menos pretendemos establecer algún marco de referencia para seguir trabajando sobre el tema. A continuación, enumeraremos nuestras primeras observaciones en una media docena de puntos.

3. El primer aspecto puntual que podemos considerar es el de la estructuración de los textos.

En cuanto al de Balbuena, en la cultura de la época la cuestión refiere al concepto de "cifra", según está ya ana

lizado por la crítica⁶. Es bien sabido que el texto contiene su propio mecanismo generativo. Como "argumento" - en realidad, como proemio o quizás como "tema" en el sentido musical: algo que va a ser desarrollado- aparece, encabezando el libro, una octava real; cada una de sus líneas (a excepción de la séptima, que luego se divide en dos) va a funcionar como título y tópico de uno de los capítulos de la obra; el último verso, a su vez, permitirá una recapitulación. He aquí la estrofa:

De la famosa México el asiento,
origen y grandeza de edificios,
caballos, calles, trato, cumplimiento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
regalos, ocasiones de contento,
primavera inmortal y sus indicios,
gobierno ilustre, religión y Estado,
todo en este discurso está cifrado.
(p.59)

La línea clave -la cifra, en sentido estricto- es por supuesto el octavo verso: "todo en este discurso está cifrado". Dividiendo, como se ha dicho, el verso 7 en sus dos hemistiquios, "gobierno ilustre" como un tema, "religión y Estado" como el siguiente (tal vez por aquello de "al César lo que es del César"...), nos entrega Balbuena ocho capítulos descriptivos y uno, noveno, de epílogo y resumen.

Familiarizados como estamos los lectores modernos con los mecanismos de la metaficción y las estructuras topológicas en la literatura contemporánea (tema éste que anticipó brillante-

mente Hans Magnus Enzensberger⁷), no podemos menos que concebir este último verso como una suerte de espejo de la construcción total. Nos mantenemos así dentro del orbe conceptual del barroco, con su imagen del laberinto, su predilección por los espejos, su reflexión y refracciones, y, sobre todo, con esa noción tanto plástica cuanto musical y literaria de la "cifra": anticipación del *aleph* borgiano, llave mágica para todas las cosas del mundo; noción, en fin, de irresistible atracción para los lectores de aquel tiempo y del nuestro.

En su propia descripción de México, Salvador Novo también usa -al menos como punto de partida- la famosa octava de Balbuena. Pero lo hace en forma peculiar. No proporciona ningún comentario al primer verso ("De la famosa México el asiento"), uno de los más famosos en la historia de la poesía mexicana; une en un solo capítulo los dos segmentos del verso 7 que Balbuena había desunido; y altera, sin que pueda discernirse por qué, el orden de la exposición, aunque manteniendo los versos del lejano poema como títulos de sus capítulos. Si el texto de Balbuena tenía, respecto de la octava, el orden 1-2-3-4-5-6-7a/7b-8, o sea un total de nueve capítulos, el libro de Novo aparece ahora con el orden 3-5-4-2-7(a y b)-6-8, llegando así a siete capítulos, al precio cierto de desdibujar el plan del original.

Con aun menor fidelidad a las convenciones del diálogo intertextual, el último capítulo, o resumen, o epílogo, que para Balbuena es en efecto cifra de todo lo anterior, se dedica en Novo a otro tópico, el de la vida cotidiana de

⁶ Véase sobre este punto la referencia a Ernst Robert Curtius en el trabajo de Angel Rama citado en la nota 2.

⁷ Hans Magnus Enzensberger, "Estructuras topológicas en las literaturas modernas", *Sur* (Buenos Aires), 300 (mayo-junio 1966): 3-16.

las familias de México, que no hubiera podido ser más ajeno a la modalidad espectacular y monumentalista del bachiller de Valdepeñas. Insisto: se desdibuja, en la fácil facundia del siglo XX, lo que más nítido y ceñido trazo tenía en la minuciosa contrucción del siglo XXVII.



4. Un segundo quiebre del diálogo intertextual, quizá más importante -aunque aquí lo tratemos sumariamente- es el que se refiere a la perspectiva de ambos cronistas de la ciudad: la mirada del contar.

En esquema, es fácil apreciarlo. Balbuena cronica una ciudad que ve, que conoce bien, en la que ha vivido a su venida de España, que ha visitado con frecuencia durante sus años de Guadalajara, y a la que vuelve a residir merced a una evolución favorable de su carrera eclesiástica. Novo también cro-

nica la ciudad que ve, podría decirse. Sí, pero hay algo fundamental: lo que Balbuena presenciaba como algo acabado (de ahí el monumentalismo) y perfecto (de ahí la hipérbole), Novo lo ve como resultado de una transformación.

Mejor dicho, Salvador Novo ve la transformación misma, el punto de llegada, pero también los momentos anteriores. Percibe la historia, cosa que Balbuena no hacía (tal vez porque la historia de la Nueva España, vista por los hombres de la vieja España, era tan reciente): se deja llevar, Salvador Novo, por el recuerdo y por la nostalgia.

Y entonces, el México que ve este cronista moderno es un calidoscopio de cuatro siglos: abreva en Francisco Cervantes de Salazar, que describió la ciudad en diálogos latinos cuatro siglos antes⁸, tiene presente el México de los tiempos virreinales de que hablaron Alfonso Reyes y su admirado Artemio del Valle-Arispe,⁹ evoca el México de Porfirio Díaz, mira de reojo (y sin mucho entusiasmo, diríase) el México de la Revolución y se asoma a ver lo que en la Alameda, en Chapultepec, en su Coyocacán o en Polanco hace la gente, está ahora mismo haciendo la gente de su ciudad.

⁸ Ed. moderna bajo el siguiente título: Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*, Tres diálogos latinos traducidos por Joaquín García Icazbalceta, Notas preliminares de Julio Jiménez Rueda, México, Universidad Nacional Autónoma, 1939 (Bibl. del Estudiante Universitario, 3).

⁹ Cf. sobre todo Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica (Colec. Tierra Firme, 40), 1948, y su reimpresión en *Obras completas de Alfonso Reyes*, v. XII, México, Fondo de Cultura Económica (Colec. Letras Mexicanas), 1960, p. 279-395.

5. El último posesivo que he usado da la clave de otra diferencia:

Salvador Novo describe su propia ciudad, mientras que Balbuena describía el orgullo de los españoles por la ciudad que habían conseguido imponer a la tierra de los aztecas. Frente a esa ciudad, Balbuena siente también nostalgia, pero de España. Uno de los últimos tercetos de la obra -casi un envío- dice: "el mundo que gobiernas y autorizas / te alabe, patria dulce, y a tus playas / mi humilde cuerpo vuelva, o sus cenizas" (p. 124). Notemos la tal vez incosciente elección de las formas verbales: "el mundo que gobiernas y autorizas". En esa visión de América que no hay que esforzarse mucho para considerar "desde fuera", España no sólo gobierna ('rige'), sino que también autoriza ('crea', 'es autora de', y en consencuencia 'permite ser') a América: es el origen de su existencia.

6. Permítaseme una digresión. A veces los cronistas llaman la atención no sólo por lo que muestran, sino también por lo que omiten. El grave Balbuena, en el capítulo encabezado por el endecasílabo "Regalos, ocasiones de contento", señala como en un aparte teatral: "Sin otros gustos de diverso trato, / que yo no alcanzo y sé sino de oídas, / y así los dejo al velo del recato" (p. 93). ¿Qué serán estos "gustos" en los que clérigo no incurre, pero de los que ha oído hablar, que oblicuamente figuran entre los encantos de la ciudad?. Dos siglos y medio más tarde, el no tan grave Novo, en el capítulo del mismo lema, apunta: "¿Otras formas de capitalizar la noche, más privadas, paradisíacas? Mi amigo y mis lectores- tendrán que dispen-

sarme de sugerirlas" (p. 59). A buen entendedor...

7. Pretendo no hacer enumeraciones demasiado largas pero, ya cerca del final, quisiera mencionar algo que no puede percibirse si no se presta atención a la función estructurante de la ideología. Me refiero a las convicciones que manifiestan respectivamente Bernardo de Balbuena y Salvador Novo, aquello en lo que cada uno cree.

Balbuena es una colección de certidumbres. Cree en la eficacia de España a través de su gobierno, sus funcionarios, su aparato civil y eclesiástico, el manejo de sus riquezas. Oigámoslo:

Un gran Virrey y real chancillería,
la silla arzobispal, el Santo Oficio,
cabildo ilustre, grave clerecía;
la Caja real, pilar deste edificio,
Casa de función y de moneda,
de su riqueza innumerable indicio. (p. 119-120)

A mi ver es éste uno de los pasajes más significativos de la *Grandeza*, indispensable para nuestro perfil intelectual de Bernardo Balbuena. Nótese la nítida estructuración en estamentos que el texto propone: primero la máxima autoridad virreinal; sin solución de continuidad, la autoridad equivalente en el orden eclesiástico, necesariamente flanqueada por la Inquisición; luego, el competente funcionariado colonial, simétricamente dispuesto a servir a las potencias anteriormente mencionadas. Y, como elemento clave de esta arquitectura política ("pilar deste edificio"), el Tesoro, en donde la riqueza de las Indias se va transformando en barras de metal y en oro amonedado, para mayor gloria del Estado español y de la Iglesia

católica. El orden es perfecto: "el mundo está bien hecho".

Salvador Novo, en cambio, se revela como un típico hombre del siglo XX, problematizado e inseguro detrás de su coraza de suave humorismo (¿o será tal vez al humorismo suave, a la ironía, para esconder lo inseguro y problematizado de su personalidad?). A veces esa condición le lleva a extremos que -por el desdibujamiento categorial implícito en la enumeración catódica- nuestra conciencia moral tiene que hallar inaceptables. Véanse por ejemplo sus palabras cuando detalla la abundancia que a su juicio tienen en nuestro siglo

la verborrea, el confusionismo, las promesas sin compromiso, la oratoria, la palabrería ininteligible, malabarística y vana. ¿No han dicho campanudos discursos a su turno Hitler, Churchill, Molotov, Eden, Goebbes, Roosevelt, Stalin, De Gaulle, Franco, Perón, Lombardo Toledano? ¿No se han reunido a discursar las Naciones Unidas? ¿No siguen haciéndolo? Y -a lo macho, mano- ¿se les entiende más que a Cantiflas? (p. 46)

No, quisiéramos decir tantos años más tarde: no fueron la misma cosa Hitler y Roosevelt; mediaron océanos - no sólo físicos- entre Eden y Perón. Pero no vamos a caer en la polémica póstuma: aducimos el pasaje anterior, simplemente, como ejemplo de un gesto *blasé* que contrasta claramente en las cerradas certidumbres de un hombre del siglo XVII.

Por otra parte, vale la pena recordar que en la obra poética de Salvador Novo hay una presencia constante del tema de la ciudad. Tal tema aparece ya en su primer libro, uno de los poemarios centrales de la vanguardia hispano-

americana: *XX poemas* (1925), esos poemas que no están "dibujados sobre los empolvados yesos de Academia", como él mismo dijo ; y continúa en libros posteriores. Permítaseme citar un breve poema del volumen *Nuevo amor*, de 1933; se trata del titulado precisamente "La ciudad", en el que bellamente, y sin decirlo de manera explícita, se escucha la voz del recién venido campesino o provinciano, posiblemente niño o adolescente, en esta nueva realidad que es la ciudad de México en el siglo XX:

Por esta puerta grande hemos llegado,
yo les temía a esos hombres rápidos de
la estación,
todos ellos se ofrecen para algo
y los automóviles...

Yo me perdería aquí, solo,
en tanta calle lisa y larga;
ninguna persona sabe quién soy,
las luces son más fuertes,
las ventanas más altas y cerradas...



8. Una última referencia, y permítaseme que introduzca, en esta conversación de textos a través de los siglos, una tercera voz. Pasa ahora Balbuena a ser el bajo continuo, mientras que la melodía se reparte entre Novo y el recién llegado.

Ante todo, escuchemos la voz de Bernardo de Balbuena, en 1603, frente al presente eterno de un México idealizado:

Bellísimo sin duda es este llano,
y aunque lo es mucho, es cifra, es suma, es tilde
del florido contorno mexicano. (p. 95)

Después la voz de Salvador Novó, en 1946, percibiendo el fluir del tiempo de una ciudad viva y eterna:

Iglesias, palacios porfirianos, rascacielos. Esta trinidad esquemática y coexistente de nuestro Yo urbano, que representa a nuestra historia arquitectónica, se halla tan viva en nuestra vida doméstica como presente en nuestras calles. Esto es: convivimos hoy en México gentes que añoran la Colonia, que suspiran por Don Porfirio, y que se enorgullecen de alojarse en un rascacielos. (p. 129-130)

Y ahora poco más de un cuarto de siglo más tarde, en 1983, escuchemos una voz nueva, la de José Emilio Pacheco, tratando temas similares pero hablando de cara al fin de los tiempos; así por ejemplo en su poema "Paseo de la Reforma"¹⁰:

Este fresno tan bien plantado
que ni el rayo ni la tormenta pudieron
estremecer,
que ni el hacha

osó injuriar con su afilado silbido;
este monumento
a la belleza del mundo;
este pródigo
que nos dejó respirar y alabó
los ojos con su estampa
y fue luz
pero también dio sombra y duró
más que nuestras edades y todo;
este que parecía eterno
o estable al menos,
ha muerto asfixiado
y masacrado con otros mil
por el gas venenoso que echan
los autobuses
en la innoble y letal colonia
penitenciaria
que hasta hace poco llamamos
ciudad de México.

Claro que la actitud de José Emilio Pacheco con respecto a todo lo que ha arruinado y está arruinando nuestra ciudades -la contaminación ambiental, el hacinamiento, la explotación demencialmente desmedida, la falta de respeto al hombre y a la naturaleza- se inscribe en una percepción más amplia de las relaciones entre el hombre y el mundo. Véase al respecto, como explicación y colofón de lo anterior, el sagaz poema de Pacheco incluido en su libro de 1969, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*:

Traduzco un artículo de *Esquire*
sobre una hoja de Kimberly-Clark Corp.
en una antigua máquina Remington.
Corregiré con un bolígrafo Esterbrook.
Lo que me paguen
aumentará en unos cuantos pesos las ar-
cas
de Carnation, General Foods, Heinz,
Colgate-Palmolive, Gillette
y California Packing Corporation.

¹⁰ José Emilio Pacheco, *Los trabajos del mar*, México, Ediciones Era, 1983, p. 56.

El título de la composición, que deliberadamente dejé para final, es "Ya todos saben para quién trabajan"¹¹.

9. Así, en fin, la literatura, la poesía, siguen describiendo una ciudad difícil y querida, proponiendo nuevos enigmas, sacudiendo nuestro ánimo de manera nuevas. ¿Habrá un día frente a nosotros una "novísima grandeza mexicana"? Sin duda: porque está siendo escrita, hoy mismo, por los escritores y poetas de México. Allá lejos, hace cuatro siglos, Cervantes de Salazar y Bernardo de Balbuena siguen ofreciendo sus modelos; y todo nuevo texto sobre México, ligado a aquellos, busca su propia clave, es decir, su propia cifra. Porque la cifra del hombre es su escritura. Es de ella que puede decirse, verdaderamente, que "todo en este discurso está cifrado"



¹¹ Cito por la siguiente compilación de los primeros libros de poesía del autor: José Emilio Pacheco, *Tarde o temprano*, México, Fondo de cultura económica, 1980, p. 74.